

EL BOSQUE, EL RÍO Y LA TEMPESTAD



- TRAS LA TEMPESTAD -

A sus espaldas aún podía verse, como una flecha de marfil alzándose contra el cielo, la Torre Blanca, mientras el espolón que nacía de la montaña amenazaba con caer sobre la llanura como un hacha de roca.

-¡Huid! -Es el grito de los últimos capitanes hacia sus maltrechas tropas.

El suelo que pisan conservaba las huellas de los miles de caballos que poco tiempo antes habían marchado sobre los asediados de la ciudad. No había rastro de Gothmog ni de ninguno de sus lugartenientes: no era probable que siguieran vivos. La bestia alada, como un descomunal mosquito, se había precipitado sobre los jinetes y no había vuelto a alzar el vuelo. ¿No se suponía que ningún hombre podía matar al Rey Brujo?

-¡A replegarse!

Los alaridos de los olifantes solo podían indicar una cosa: aquellos campamentos móviles se estaban derrumbando. El frente de batalla llevaba roto desde el amanecer, y en la última hora habían hecho lo imposible por sobrevivir. El acero ya no era una opción: la muerte se cernía sobre las huestes para dispensar más muerte. Era un océano fantasmagórico que chocaba contra la ciudad como las olas contra el casco de un navío.

-¡Salvad la vida, por Mordor! -La tempestad había finalizado, al menos por ahora. Y Glashnok, a pesar de todo, lo sabía.



- LA ÚLTIMA MARCHA DEL DOMADOR DE CABALLOS -

Los tambores abrumaban el gorjeo de las aves plateadas que tejían puentes invisibles entre las ramas de los pinos, el murmullo del viento al doblar las curvas rocas de los tótems y el silbido con el que anunciaban las briznas de hierba su lento pero constante crecimiento. El sonido de las cajas no era el tono de victoria que cabía esperar, pues caía pesado como un velo de sopor sobre el sendero. El sopor de la muerte.

La compañía de caballeros y jinetes que atravesaba el camino que se abría a un lado del bosque bien podría haber sido confundida con un ejército que se disponía a marchar a la guerra: relucían las armaduras de unos como si del mercurio de la tierra estuvieran hechas, mientras que las banderas de los otros cabalgaban el siroco, que aún arrastraba en sus ráfagas el hedor del cadáver y el de la ceniza. En el centro de la compañía, estirado sobre un carro fúnebre y rodeado por sus armas y por su casco, yacía el Rey Théoden de Rohan. Los capos verdes de su guardia real continuaban custodiándolo, con el venablo en alto y la cinta esmeralda de Rohan ondeando en su punta. El anciano Gamelin, que hubiera soñado morir junto a su monarca, encabezaba, apesadumbrado, el

séquito. Portaba el estandarte real como una advertencia: el rey continuaba presente. El espectáculo resultaba trágicamente hermoso bajo la cobriza luz del ocaso.

De entre los arbustos emergieron, atraídos por ver más de cerca la estampa fúnebre, los artífices de la percusión: los contrahechos habitantes de Drúadan, con sus pieles morenas y sus cuerpos prácticamente desnudos y cubiertos por líneas y figuras de tintas de todos los colores.

-¿Murió combatiendo? -Ghân-Buri-Ghân, el líder de aquellos hombres, no se andaba con rodeos. Aquel pueblo era más consciente que ningún otro de la presteza con la que el tiempo los doblegaba. Gamelin asintió con la cabeza- ¡Viva el Domador de Caballos!

Al anciano le dolió escuchar aquel epíteto. Sabía de la rudeza y del poco entendimiento de los drúedain, y de que muchos de ellos habían combatido con sus dardos envenenados contra los mismos enemigos que Rohan, pero por un instante el agotado jefe de la guardia se derrumbó por dentro y revivió en su memoria aquellos tiempos no tan remotos en los que Théoden había servido de títere del infame Mago Blanco. El mismo que, postrando al monarca en su trono, había permitido la desolación del reino y que parte de la servidumbre utilizara aquel “Domador de Caballos” para burlarse de su letargo.



-Tuvo el final que todos hubiéramos querido compartir -Gamelin no apartaba la mirada del suelo.

Ghân-Buri-Ghân se aproximó al carromato, y lo siguieron tres de su pueblo que debían de ser hechiceros y curanderos. Colocaron un pequeño cuenco con agua junto a su hombro izquierdo, una piedra tallada con la forma de una divinidad local junto al derecho y, encima de la mano que empuñaba la mellada Herugrim, un puñado de diminutas flores rojas que solo crecían en el bosque.

-Drúadan en la calma de sus arroyos, en la solidez de sus rocas y en el vida que lo anima, va con el Domador de Caballos.

Gamelin asintió, sin cruzar en ningún momento la mirada con aquellos hombres tan distintos a los rohírrim, y, con un firme movimiento de mano, dio orden de continuar. El séquito volvió a avanzar por el sendero. Desde el bosque, ocultos tras los descomunales tótems que custodiaban sus lindes, los tambores de los drúedain retomaron su percusión.

Media docena de los caballeros, aquellos de armaduras relucientes como la plata, no prosiguió la marcha, sino que se mantuvo frente a los dioses de piedra de Drúadan. Ghân-Buri-Ghân vio el árbol blanco estampado en sus negros estandartes y no le cupo la menor duda: Gondor tenía otros asuntos que tratar con él. «Menos mal», pensó. «Creía que ya se habrían olvidado de nuestro trato».

 **GLASHNOK** 
- MOGR PANZAHIERRO -

Debían descansar: lo necesitaban. Demasiados días corriendo por llanuras y valles desolados había hecho estragos en la moral de los orcos. Cualquiera que los hubiera

visto huir de la batalla hubiera podido comprobar que su número se había reducido drásticamente desde entonces. Cuando pudieron tirarse en el suelo y ser conscientes de la peliaguda situación en que se encontraban, Glashnok echó un vistazo al grupo: no debían de ser más de una cincuentena. «Y esto es lo que queda del gran ejército del Señor Oscuro», pensó. Habían estado muy cerca de cumplir con el destino de la raza de los hombres. La ciudad prácticamente era suya... Quizás por ello la amargura que nubló la mente del orco fue mayor. No tuvo mucho tiempo para dormir, pues Targo, que se había proclamado caudillo, comenzó a gritar:

-¡Sabandijas, aquí estableceremos el campamento! -Sus orejas, puntiagudas y comidas por una especie de sarna, se recortaban bajo el abrasador sol del mediodía.

-¡Pero aquí no hay sombra! -exclamó uno de los orcos.

-¡No hemos escapado de la batalla para morir bajo este sol! -gruñó Mogr, un grueso orco de piel azulada que Glashnok no podía explicarse cómo había logrado llegar hasta allí.

Targo lo miró: sus ojos negros lanzaron un desafío a los de Mogr que estos no tuvieron tiempo de rechazar, pues el orco se abalanzó sobre el gordo espécimen de su misma raza con el cuchillo desenfundado y al grito de:

-¡Verás cómo hago con tu piel un toldo para todos, alimaña!

Mogr se le encaró y, sacando la barriga lo máximo que pudo, logró que aquella hoja oxidada se quebrara contra su coraza. A pesar del profundo agotamiento, aquellas bestias infectas no tardaron en trazar un círculo alrededor de los combatientes y en jalear sus nombres. Glashnok no tenía ninguna duda de que el endiablado Targo se saldría con la suya: en la batalla lo había visto levantar a un caballo y su jinete con solo sus brazos y matar a ambos con certeros mordiscos.

Ciertamente, Mogr estaba demostrando su ineficacia a la hora de propinar puñetazos a Targo, y a pesar de su coraza, no lograría encajar eternamente los golpes de su rival, que se estaban cebando con sus brazos, con los que se protegía el esférico cráneo. Mogr estaba perdiendo, para desgracia de Glashnok.

-Ya podemos darlo por muerto -se alegró el raquítico Dortho a su derecha.

-¿No te das cuenta? -gruñó Glashnok apretando los dientes hasta hacerle daño las encías.- Si Targo gana acampamos aquí. Sin agua, ni comida, ni cobijo, ¿cuánto crees que tardaremos en morir?

-Targo tendrá pensado algo. No puede dejarnos morir aquí.

«Podía», se dijo Glashnok. «Y a medida que nos muramos, él se zampará nuestros cadáveres».

Un aullido desgarrador anunció que Mogr había recibido un puñetazo especialmente doloroso. Glashnok le dirigió una mirada y pudo comprobar que el orco azul sangraba por una fractura en la coronilla. Había que tomar una decisión pronto o Targo sería indiscutiblemente quien tomaría las decisiones: unas decisiones mortales para la mayoría de los orcos de su horda.

Echó un vistazo a su alrededor y no terminó de reconocer ninguno de aquellos rostros contrahechos: los tumores, los ojos nublados, la piel cubierta de fluidos nauseabundos, los grotescos rasgos que solo podían alcanzar a intuirse bajo máscaras de cuero y yelmos destrozados. Glashnok no era diferente a ellos, eran hermanos todos, pero era necesario actuar si pretendía salvar a la mayoría de ellos.

Hizo acopio de las fuerzas que le quedaban y lanzó un puñetazo dirigido a Dortho. Este tardó un instante en comprender de dónde le venía el golpe. Antes de que se lo devolviera y se formara a su alrededor un segundo círculo de curiosos, fingió hacer un movimiento de esquivo con el que cayó sobre Targo, quien, concentrado en abrirse camino entre los brazos de Mogr para profundizar en la herida de la cabeza, perdió el equilibrio y rodó por el suelo.

-¡Aparta, escoria! -Su rostro diabólico chorreaba una sangre oscura y espesa. Quizá los restos de aquella que días atrás había derramado del jinete y su montura. Cuando quiso darse la vuelta para terminar su trabajo con Mogr, este se encontraba de pie y con la mirada desencajada. Al abalanzarse sobre él, Mogr lo agarró del cuello con ambas manos y, como quien arranca una mala hierba del jardín, así desgajó la cabeza de Targo del resto del cuerpo, que cayó al suelo.

En el corro del combate se hizo un silencio sepulcral. Solo roto por el puñetazo que dio Dortho a Glashnok en la cabeza, que lo dejó inconsciente al tiempo que los demás orcos rompían en vítores y aplausos en honor de su nuevo caudillo.

-¡Viva Mogr Panzahierro!



- UN PRESENTE, UNA ADVERTENCIA Y UN FAVOR -

-¿Ghân-Buri-Ghân de Drúadan? -preguntó uno de los caballeros a los hombrecillos que se mantenían expectantes ante la marcha de los rohírim. -El rey Elessar tiene para él un presente, una advertencia y un favor que pedirle.

Al líder pigmeo aquellas últimas palabras le incomodaron sobremanera. Los hombres del sur no eran considerados, al menos ahora, los enemigos naturales de los drúedain, pero siglos de disputas y de intentos de dominación por parte de los montañeses de Lossarnach justificaban el recelo que todavía sentía el pueblo de Ghân-Buri-Ghân hacia los que marchaban bajo la insignia del árbol blanco.

-Primero, el presente -articuló el aborigen, alzando en el aire el báculo de una madera parecida al fresno. -Antes de pedir, dar.

El capitán de aquellos hombres de piel plateada descendió de su gigantesco caballo y tendió su mano a Ghân-Buri-Ghân, en la que portaba un rollo de pergamino. Este lo miró sin hacer ningún ademán de agarrarlo, y el capitán, sin lugar a dudas, lo tomó como una falta de respeto hacia él y hacia toda la monarquía a la que representaba. La situación hubiera ido a peor si el anciano sabio de la tribu, con una barba semejante a las nubes que siguen a la tormenta, no hubiera intervenido.

-Nuestro clan lee las estrellas, los árboles, los cursos de los ríos y los movimientos de la tierra. No necesitamos leer lo que la palabra hablada nos puede decir.

El capitán pegó un bufido y puso los ojos en blanco. A continuación, desplegó el pergamino y leyó:

-«Estimado pueblo de los drúedain, hermanos de Gondor, y principalmente tú, Ghân-Buri-Ghân, señor de los bosques. Yo, el Rey Elessar del Reino Unificado, os estaré eternamente agradecido por vuestra ayuda en la guerra, y por ello y por la amistad que deseo que exista entre Gondor, Arnor y Drúadan, os hago entrega de una corona de flores del Árbol Blanco, que jamás se mustiarán, pues Yavanna las protege, así como al pueblo de los drúedain».

Uno de los caballeros hizo entrega de la caja en la que cuidadosamente se había introducido la corona de flores y la entregó al sabio de los muchos collares, de nombre Numan. Numan la recibió con una reverencia y tomándola entre sus manos como si se tratara de una reliquia de inconmensurable valor. Y es que así era para los drúedain: no habrían acogido mejor dos docenas de barriles con oro hasta los topes. No había duda de que el Rey Elessar, aconsejado por Mithrandil, acababa de sellar una alianza eterna entre los dos pueblos.

-Tras tantas plegarias y oraciones, Yavanna regresa entre nosotros -sentenció Numan.

No hay cabeza más digna para ceñir esta corona que la mismísima valië, dijo Ghân-Buri-Ghân al sabio en su idioma. *Llévala a su altar para que la luzca*. Con paso corto pero decidido, Numan desapareció tras los arbustos y el follaje de los árboles. Las mujeres empezaron a emitir cánticos en la lengua melosa de los drúedain, que se perdieron en el bosque a medida que la corona se adentraba en el corazón de Drúadan.

-Espero que hayáis quedado satisfecho con el regalo que os ha brindado el Rey Elessar -apuntó el capitán gondoriano, esperando sin duda una efusiva respuesta en el líder de tez bronceada. No obstante, Ghân-Buri-Ghân lo observaba como se observa el crecimiento de las montañas hacia el cielo. El capitán continuó leyendo: -«Asimismo, hago efectivo el feudo wose de Drúadan, que desde hoy queda en manos de Ghân-Buri-Ghân para garantizar la prosperidad de sus tierras».

-Regala lo que ya teníamos -proclamó el hombrecillo. -¿No esperaría el Rey de Gondor que, después de su absoluto desentendimiento durante centurias de los asuntos wose, no íbamos a reclamar nuestro feudo? -No quiso dar ni un momento al embajador de Elessar para replicarle, por lo que añadió: -Ahora, la advertencia.

El capitán se aclaró la garganta y anunció:

-El Señor Oscuro Sauron ha caído, pero sus ejércitos son muy numerosos y campan a sus anchas por la Tierra Media y más allá de esta.

-¿Eso es todo? -Ghân-Buri-Ghân se sonrió y desenfundó la curvada daga de piedra que colgaba de su precario cinturón. -Esta daga lleva siglos perforando cráneos de gorgûns: no le asustan.

-Sin su amo, los orcos se volverán más impredecibles que nunca -El capitán intentaba hacer entrar en razón al caudillo de los bosques.- Serán como bestias desorientadas: lo devastarán todo por donde pasen y vagarán sin rumbo fijo, por no hablar de los trolls, lobos y otras fieras que podrían domar para viajar más veloces y mejor protegidos.

-No me está diciendo nada nuevo: un gorgûn es un gorgûn, y se le seguirá matando igual. Y si corretean de acá para allá como pollos sin cabeza, todo será más fácil todavía.

-Pero...

-Los woses, aunque su gente no quiera verlo, estamos preparados desde pequeños para defender este bosque con nuestra vida -Había un orgullo ancestral en sus palabras. -Unos gorgûn asilvestrados y en un número cada vez más mermado no supondrán ningún dolor de cabeza para mi pueblo.

-No obstante...

-Demasiado -interrumpió Ghân-Buri-Ghân- Hablas demasiado para decir tan poco.

El capitán, cansado de tanta insolencia y arrogancia por parte del hombrecillo que tenía delante, desenfundó la espada. Así lo hicieron también los otros cinco plateados caballeros. Ghân-Buri-Ghân frunció el ceño y desenfundó de nuevo la daga. De entre las ramas de los árboles y de detrás de las piedras totémicas, volaron una decena de dardos, que quedaron clavados en el suelo a escasos dos palmos de las pezuñas de los caballos.

-Están envenenados. Piénseselo bien.

El capitán dejó caer la espada al suelo, y cada uno de los caballeros volvió a guardar la suya en la vaina.

-No quería hacerlo -se justificó el capitán- No pretendo desestimar vuestras habilidades militares, pero debéis escucharme, porque mi palabra es la palabra del Rey.

En esta ocasión, el líder asintió ligeramente.

-El regalo de su Rey le da el perdón de su vida y la posibilidad de hablar.

-Gracias -El capitán apenas podía creérselo: ¡una corona de flores le había salvado! -Nuestros exploradores nos alertan de que se ha visto a varias manadas de orcos y lobos merodeando por las proximidades del Anduin. En cuanto den con el líder adecuado, los ejércitos volverán a formar y habrá guerra dondequiera que se asiente la horda.

-Advertencia escuchada -se limitó a decir Ghân-Buri-Ghân- Por último, la petición.

-El Rey Elessar no puede pedirnos que, puesto que se encuentra de campaña en el Este, os encarguéis de la defensa de los caminos...

-¡En absoluto! -La voz del hombrecillo retumbó estruendosamente. -Ya he dicho: los woses nacemos para luchar por el bosque. Los caminos, asunto de los caballeros que lo transitan.

-Por ello, el Rey Elessar solo les pide que defiendan el bosque. No desea que los orcos sobrevivan y se multipliquen a costa de la devastación de sus gentes.

-Vigilaremos. Es absurdo pedir algo que ya se tiene. -Con una mirada cargada de indiferencia, Ghân-Buri-Ghân dio por terminada la conversación. Había perdonado la vida a quien había desenvainado la espada contra él: a estas alturas, lo importante ya había sido dicho.

Se dio la vuelta y caminó hasta internarse en la arboleda. Los pigmeos tocaron de nuevo sus tambores mientras su líder volvía hacia ellos. Los hombres de piel de plata siguieron con su mirada a aquel humano enjuto, moreno y poco más alto que un enano. Aquel era el señor indiscutible del feudo de Drúadan.



- BUENAS DECISIONES -

-¿Qué vamos a hacer para salir de esta con vida? -inquirió Glashnok después de recuperar la conciencia y con la nueva seguridad de que gozaba al ser quien había propiciado el mando de Mogr Panzahierro sobre la horda de orcos.

-Targo nos trajo por el camino equivocado -apuntó Mogr. -¡Desgraciado! -añadió mientras con el dorso del puño intentaba apartarse algo de la sangre que seguía empapando su rostro.

Y no le faltaba razón: estaban en un mar de colinas cubiertas de hierba dorada por el calor estival que se extendía hasta más allá del horizonte en todas direcciones.

-He tenido una idea, Mogr -dijo Glashnok, y mientras los demás abandonaban la excitación del reciente combate y se tumbaban de nuevo a dormir, el astuto orco explicó su plan al gordo, que aceptó con una horripilante sonrisa.

El sol estaba en su cenit. El aire abrasaba cuanto tocaba. El cadáver de Targo crepitaba como si el mediodía lo estuviera cocinando. No había más sombra que la que proyectaba uno mismo. Mogr Panzahierro agarró con una mano el cuerpo de Targo y se lo lanzó a su horda, diciéndole:

-Devorad su carne y bebed su sangre. El festín hoy corre de mi cuenta.

No hubo reparo alguno en los orcos: como si fuera el mejor manjar del mundo, aquellas criaturas se golpeaban, empujaban e insultaban con tal de alcanzar a pegar unos mordiscos a aquella carne que era tan parecida a la suya propia. Ni tan siquiera Glashnok se permitió pensar en lo que estaba haciendo y en si él, cuando fuera devorado por los gusanos o por sus compañeros de horda, sabría igual. ¿A qué sabía Targo? Probablemente a barro y óxido.

-Ven aquí -Mogr llamó a Dortho, que se presentó ante él inmediatamente, masticando todavía un pedazo de pierna, cuya sangre le resbalaba por la barbilla. -Eres veloz. Lo he visto desde que escapamos de la batalla.

-Así es -Dortho aún no entendía para qué se le había llamado. Solo entendía que había otros llenándose el buche mientras él no lo estaba haciendo.

-Subirás a la colina y buscarás algún bosque o poblado en el que podamos establecernos. Si no ves nada, subirás a la siguiente colina y harás lo mismo hasta dar con algo -Dortho asintió nerviosamente. -Ve.

El retorcido orco se marchó colina arriba, trazando en la hierba un surco serpenteante.

-Vosotros -Reink y Slivis, que estaban luchando por lo que parecían los restos de la mano de Targo, se irguieron todo lo que les permitían sus columnas. -Recorreréis el perímetro y buscaréis a otros que huyeron también de la masacre del Pelennor. No podemos ser los únicos.

Glashnok vio alejarse a Dortho, a Reink y a Slivis hasta desaparecer en la lejanía. Su plan se estaba ejecutando tal y como tenía pensado: la tempestad volvía lentamente a arreciar.



- LA PAJA ARDE MEJOR EN VERANO -

Tras la colina no había nada más que más colinas y más hierbajos secos. ¿A dónde los había conducido Targo? Aquello era el infierno del sol y la tierra. En Mordor había encontrado refugio en profundas cavernas en cuyo interior manaban fuentes de agua fresca. No obstante, aquel paraje desolado no ofrecía ninguna garantía de supervivencia.

«No sé si Mogr está haciendo lo correcto», rumiaba Dortho, «pero estoy seguro de que es mejor esto que esperar a la muerte».

El sol empezaba a declinar y, sin embargo, el calor iba en aumento. Debía dar ya con algún pozo o con un granero. Llegaba a la cima de una colina y solo le esperaba ante él otra nueva colina idéntica a la anterior. Tropezó. Miró al suelo. Huesos carbonizados, quizás de una vaca o de un caballo. Emitió un gruñido de desaprobación y siguió colina arriba, cada vez más agotado. La luz caía en paralelo y lo cegaba. «¿Para qué, si solo veré más colinas?». Dortho entrecerró los ojos y continuó corriendo. La desesperación crecía por momentos. No podía tragar, pues no le quedaba saliva. El calor le pesaba como una losa sobre la espalda.

«Maldito Mogr», se decía. «De todos, era yo el que debía marchar a buscar la muerte antes que los demás. Seguro que es cosa del desgraciado de Glashnok». Avanzaba sin ver a dónde se dirigía. Creía que había ido en línea recta, pero no podía asegurarlo porque le resultaba muy arduo no tambalearse con cada paso.

Entonces lo escuchó: el correr del agua; la noria del molino, girando perezosamente; el lejano rumor de un rebaño pasciendo. Dortho percibió que los sonidos no provenían de detrás de la colina que estaba escalando, sino de la que tenía a la derecha. Prácticamente a gatas, se apresuró en subir hasta su cima y contempló lo que había estado buscando. No pudo evitar soltar una aguda carcajada que debió de poner sobre aviso a algunas

bestias del rebaño de ovejas, que alzaron la cabeza y balaron nerviosas. Y ese era solo el aperitivo: más allá del cercado en el que se apiñaban los animales y del molino que giraba con el agua del arroyo cercano, se alzaba una aldea de madera y tejados de paja. Eran apenas una docena de casas, pero de allí partiría algún camino que les conduciría, seguramente, a una ciudad más interesante.

De momento, Dortho debía avisar a los demás. El merodeador sabía que él solo no sería capaz de apoderarse del poblado, puesto que, además de algunas mujeres limpiando en el arroyo, había también un puñado de soldados montando guarda. Como un cazador acechando a su presa, el orco se agazapó entre la hierba dorada y se limitó a observar. Respiraba con irregularidad, por el agotamiento y el ansia de completar su cometido. Un jinete, «prácticamente un niño», pensó Dortho, trotaba por la ladera de la colina sobre un gran caballo manchado, no muy lejos de donde él se encontraba. Tan solo debía esperar a que se aventurara a cabalgar a su lado.

Trazó varios círculos alrededor del cercado, bañando la tierra con la espuma de la boca del caballo. Otro jinete, más joven todavía, apareció de detrás del molino montando un poni alazán de crin dorada.

-A ver quién llega antes a la cima, Barlon -propuso el jinete del caballo manchado.

-¡Hoy te ganaré y te tocará limpiar el establo! -gritó el del poni mientras lo espoleaba repetidamente.

Iniciaron el ascenso a la cima de la colina para, luego, descender al galope. Era la oportunidad que Dortho estaba esperando. A pesar de todo, continuaba siendo ágil, mucho más que la mayoría de orcos, y podría, si no saltar sobre el caballo, sí agarrarse a él y trepar por su lomo. Se deslizó hasta situarse a poco más de un metro del que presumía que sería el recorrido del animal y desenvainó la espada. Ya estaba cerca. La ocasión era inmejorable: el caballo ralentizó el ascenso, pues el poni se había quedado muy atrás y no había peligro de que el joven perdiera la carrera contra su hermano menor.

En un abrir y cerrar de ojos, Dortho emergió de entre la hierba y de un brinco se posicionó en la silla y tras el jinete. Agitó la espada para darle muerte, pero solo logró cortar el aire. El chico forcejeó: estaba claro que el caballo era de gran valor para él. Le pegó un codazo en la nariz e intentó liberarse de sus garras, que se le clavaban en el pecho. No obstante, resultó inútil. Un nuevo tajo que erró en su objetivo. «No me tenía por tan mal guerrero», refunfuñaba para sus adentros Dortho.

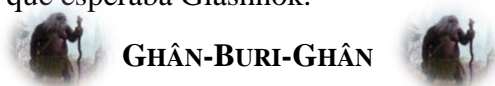
El niño de nombre Barlon profirió un grito desgarrador al ver a su hermano forcejear con el orco y teniendo que lidiar con la hoja de su espada. A los gritos acudieron otros dos jinetes, provistos de delgadas lanzas y rodela negra. «La cosa está empeorando: debo acabar ya». Dortho priorizó derribar al chico de su montura para hacerse con ella. Finalmente, consiguió que diera de bruces en la hierba y, antes de que cualquiera pudiera impedirlo, marchó al galope en dirección a donde creía que podían encontrarse los otros.

Por suerte para él, no erró el rumbo. Aquella misma noche, cerca de treinta orcos cayeron sobre aquel poblado, hacia cuyos habitantes ninguno mostró la menor pizca de

piedad: no estaban de humor para hacerlo. Saquearon las casas, asaltaron las despensas y los graneros y, tras saciar su sed en el arroyo, prendieron fuego a los hogares. No es que tuvieran que hacerlo, pero es muy difícil zafarse de la costumbre, y más para aquellas espantosas criaturas.

-Llévate a un puñado más y explora la zona -ordenó Mogr a Dortho al día siguiente, cuando este aún no se había acabado de recuperar del periplo anterior. -Debe haber algo más por aquí para asaltar.

O, al menos, eso es lo que esperaba Glashnok.



- LA CELEBRACIÓN WOSE -

El pueblo de los drúedain festejó por todo Drû Bhûta el fin de la guerra cinco noches más tarde de recibir la corona de flores como presente del Rey de Gondor. Las familias del bosque acudieron en masa a la única ciudad wose, a pesar de que sus gentes eran patiocortas y poco amigas de los trayectos largos. Ni los más ancianos, como el viejo Shâm-Lâa, recordaban una reunión mayor de drúedain en Drû Bhûta. Parecía como si los tiempos dorados de la tribu de tribus hubieran regresado. Los severos y gigantescos rostros tallados en los troncos nogh fueron atentos testigos de la celebración.

Moamû-Mammû se encargó del caldero burbujeante, en el que se estaban cocinando varias docenas de perdices. Mientras tanto, el ciego Wishom-Burôm relataba a los infantes historias de los héroes woses, como el del legendario Namburondor, que hizo huir al dragón Embo de lo alto del nevado Eilenach lanzándole sus discos de roca dentados. Numan, que afirmaba haber aprendido el arte de los fuegos de artificio de mano del mismísimo Mithrandil, mezcló polvos y hierbas y los prendió para dibujar en el cielo la ardiente figura de Embo. A los tambores se les sumaron gaitas y flautas, a cuyo son bailoteaban los robustos woses, en una hilarante escena que hubiera ruborizado a los ágiles danzantes élficos.

Los cazadores que recorrían Lecho Húmedo y los recolectores de la remota Roca Musgosa competían por cuál resultaba el método más efectivo de alimentar a sus respectivas tribus. Cuando Moamû-Mammû les sirvió las perdices, los cazadores se jactaban de que les debían a ellos la comida, y los recolectores se lo reconocieron. En el momento en que Moamû-Mammû empezó a repartir unos cuencos de helado, traído de la cima de Eilenach y recubierto de un dulcísimo jugo de bayas pom, cortesía de los de Roca Musgosa, los cazadores y los recolectores admitieron que su disputa debía terminar necesariamente en tablas.

Ghân-Buri-Ghân escuchaba charlar a los líderes de las demás tribus. No faltaba ninguno. Era la primera vez en mucho tiempo que veía a la mayoría de ellos; a otros jamás los había conocido. Eran muchos nombres. El caudillo wose, parco en palabras como de costumbre, no necesitaba conocer todos aquellos nombres: saludaba a aquellos individuos con un firme movimiento de cabeza y los oía hablar acerca de la abundancia de conejos silvestres en sus territorios o de riachuelos que se habían secado por la ausencia de lluvias.

-Ghân, no luces la corona -puntualiza el caudillo Mendû.

-Es verdad -añade el jefe Khûno. -Todo rey lleva su corona.

-¿Qué vas a saber tú, Khûno, si nunca has visto ningún rey? -Todo el grupo ríe.

-¿Alguno de aquí ha visto alguno? -responde el jefe Khûno, indignado.

La cara que pone y el acierto en el apunte provoca más carcajadas, que se contagian a todo el círculo de caudillos para provocar el estallido de una festiva risotada. Todos reían salvo Ghân-Buri-Ghân. Él estaba de brazos cruzados, esperando a que terminaran para comenzar a hablar.

-Yo sí he visto un rey -dice, y no hay nadie que no preste atención a sus palabras, pues eran respetadas entre todos los drúedain. -Yo he visto al Domador de Caballos: lo he visto vivo y lo he visto muerto. En ninguno de los casos lo he visto con corona. Una corona no hace al rey alguien digno de serlo. El Rey Elessar me ha nombrado vuestro monarca, pero no lo seré por él.

-¿Qué quieres decir, Ghân? -Moamû-Mammû se le acerca y le besa en la mejilla.

Ghân-Buri-Ghân dirige una mirada confidente a su esposa y prosigue:

-Una prueba más. Si la supero y me reconocéis como vuestro rey, aceptaré serlo.

El caudillo Mendû se pone en pie.

-Como bien sabrás, Ghân, mi Lecho Húmedo se encuentra en el límite del bosque. Hace varios días que vemos gorgûns montados en lobo deambulando por las colinas.

El líder wose se adelanta a su petición:

-Ghân-Buri-Ghân no lucha fuera del bosque.

-Vamos, Ghân -le anima Moamû-Mammû. -Se trata solo de una cacería, como hicieron nuestros antepasados. La tribu de Lecho Húmedo te pide ayuda. ¿Quieres ser su rey? Tráeles las cabezas de esos gorgûns y las de sus cachorros.

A los pocos días, Ghân-Buri-Ghân regresó a Drû Bhûta con cinco cabezas de repugnantes gorgûns y algunos arañazos y sangre seca sobre su bronceo cuerpo. Como premio, recibió el reconocimiento, ante la corona de Yavanna, de su dominio sobre Drúadan y sus gentes.



- EL AZOTE DE ANÓRIEN -

-¿Y qué es lo que sugerís, entonces? -El alcalde se mostraba histérico, fuera de sí. Bleondin pocas veces le había visto perder así los nervios. Lo tenía por un hombre de una serenidad imperturbable.

Los consejeros de la mesa se la quedaron mirando, esperando una respuesta. ¿No se suponía que su trabajo era el de aconsejar a su padre? ¿Por qué no la estaban aconsejando a ella, que en aquel momento era la máxima autoridad de Lassport como su regente?

-¡No hay ejército, señora! -continuó el alcalde. -Vuestro padre, vuestros hermanos y casi un centenar de nuestros guerreros están ahora en el Este enfrascados en la guerra que tan poco tiempo ha tardado en declarar el Rey Elessar.

-Cabe la posibilidad de recurrir a Cair Andros -sugirió finalmente uno de los consejeros, de poblado bigote negro, mientras indicaba al siervo que le vertiera vino en la copa. -Al fin y al cabo, la guarnición sigue allí y forma parte del feudo. Se les podría enviar una señal de auxilio.

Sus palabras cristalizaron en el aire de aquella sala de altas paredes de piedra e iluminada por docenas de velas. Al otro lado de los ventanales, el Anduin corría gris, como un cielo nublado, en dirección a Belfalas, y en las orillas unos mugrientos pescadores despleaban sus redes. Sus aprendices guardaban los esquivos peces en barriles para transportarlos en cuestión de un puñado de minutos al mercado de la plaza.

-Tienen asuntos más importantes que tratar en Cair Andros -dijo otro consejero, con un medallón plateado sobre el pecho. -Se cuenta que algunos trolls han aprendido a cruzar el Anduin a nado y derrumban por la noche algunas secciones de la muralla exterior.

-¡Y los orcos devastan las aldeas de Anórien a este lado del río! -El alcalde parecía sumamente indignado con las palabras del consejero.

-¿Cuántas van por ahora?

-Siete en el último mes.

-A este paso no quedará nadie con vida más allá de los muros de Lassport.

-¡Atrincherémonos aquí! -gritó el alcalde. -Lassport cuenta con recursos para mantener a la población de Anórien: la ciudad ofrece su grano y su pescado a cuantos puedan llegar a ella.

Los consejeros guardaron silencio. En su interior, todos sabían que el Azote de Anórien, el señor de Lassport, era el único capaz de lidiar con aquella situación. Sin embargo, él no estaba. Ni él, ni sus hijos, los mellizos, que marchaban junto a su severo padre y señor siguiendo el estandarte del Rey Elessar. Todo cuanto quedaba en Lassport de su linaje era Bleondin la del Desbordamiento, llamada así por la tragedia que sobrevino pocos días después de su nacimiento, cuando el Anduin creció sin previo aviso hasta anegar los campos y borrar del mapa cosechas y pueblos enteros. Las gentes de Lassport la llamaban también Bleondin la Matasenescales, porque, siendo solo una niña, estuvo a punto de hacer tropezar al senescal Denethor por las escaleras del castillo en la última visita que había hecho a la ciudad. ¡Menos mal que el joven Boromir estaba allí para agarrarlo! Aquel con el que el señor de Lassport había querido casar a Bleondin, y cuyas aspiraciones naufragaron el día del tropiezo del senescal.

-No todos conseguirán llegar -dijo finalmente Bleondin. -¿No os dais cuenta, consejeros, de que mientras estáis aquí discutiendo algún pueblo más puede ser devastado? No sabemos ni siquiera contra quién estamos combatiendo...

-Son solo unos cuantos orcos vagabundos que deambulan sin saber dónde caerse muertos, señora. -Otro consejero, que había estado guardando silencio con las manos

entrecruzadas y la mirada perdida en la cúpula que tenían sobre sus cabezas, hablaba con una tranquilidad tediosa.

-¿Eso cree, consejero? -Los ojos del alcalde parecían querer salirse de las órbitas. -*Que son solo unos cuantos orcos vagabundos...* ¡Esos orcos llevan arrasados siete poblados! ¿Es consciente de las muertes que han tenido lugar?

-¡Si son solo *unos cuantos orcos vagabundos*, coge tus hombres y dales caza! -reprochó el consejero del medallón de plata.

-¿Sabéis lo que se dice por allí? -preguntó el consejero del bigote.

-Ilústranos con los rumores que has escuchado, Velas -dijo, sarcástico, el alcalde.

-Puede que antes sí que fueran un puñado de orcos salvajes, pero se ha visto a lo largo y ancho de la región y por centenares a figuras encorvadas, embutidas en armaduras cubiertas de óxido y arrastrando las manos por el suelo al andar, dirigiéndose al mar de las colinas.

-Habladurías -bufó el consejero sereno.

-Dicen que se oyen aullidos de lobos por la noche -continuó el tal Velas. El silencio del resto le exasperaba, así que, sin ser consciente de lo que hacía, se puso en pie y golpeó la mesa. -¡Por los dioses, si he escuchado decir que se ha llegado a ver una torre oscura surcando los cielos!

Los consejeros rieron, y Velas, apesadumbrado, volvió a sentarse. Bleondin tomó entonces la palabra, antes de que los consejeros se enzarzaran otra vez en sus discusiones.

-No os toméis a la ligera los rumores, señores consejeros. La sombra llama a la sombra. Hay que extirparla de esta tierra si no queremos que eche raíces, como sucedió en Dol Guldur no hará tantos años. -Miró directamente al alcalde. -Ninguno queremos que Lassport se convierta en la fortaleza de algún siervo del mal.

-Eso no sucederá, mientras la guarnición... -empezó el alcalde.

-La sombra llama a la sombra. Quédese con estas palabras, alcalde. Si esperamos aquí a que vengan ya no estaremos enfrentándonos a *unos cuantos orcos vagabundos*, como dice el consejero Trigal, sino que tendremos ante nuestros muros una legión engordada con los rebaños de esta tierra y pertrechada con las armas que hayan podido sacar de los destacamentos asaltado. Yo os pido, consejeros, que me deis el mando de vuestros hombres si no estáis dispuestos a marchar al combate, y yo misma, como regente de Lassport, me enfrentaré a los orcos.

-Pero, señora...

-Es mi deber, consejeros. Daré caza a los orcos en nombre de mi padre y vuestro señor. -Se dio la vuelta y abandonó la sala, dejando a sus consejeros boquiabiertos.

Estos iniciaron un acalorado debate en torno a si debían prestarle sus tropas a Bleondin, y ni el alcalde, ni Velas, ni Trigal, ni ninguno otro se comprometieron a ello. Una mujer, sobre todo una cuyo destino había estado marcado por la devastación desde

el día de su nacimiento, no podía dirigir a los hombres de Anórien. Era necesario esperar a que su verdadero señor regresara del Este: solo había un Azote de Anórien.



- LA SOMBRA LLAMA A LA SOMBRA -

¡Cómo habían cambiado las tornas en aquel escaso mes y medio! Glashnok miraba a su alrededor y se vanagloriaba de cuanto había conseguido, puesto que tras las órdenes de Mogr Panzahierro estaban su voluntad. La ruina que había encontrado la horda en las colinas parecía solo producto de una pesadilla: la techumbre de las granjas, los diminutos bosquecillos y los arroyos ayudaban a mitigar aquel abrasador calor que a punto estuviera de arrancarles las vidas. En los graneros y en los cercados, el alimento parecía estar esperando su llegada. Lo que no mucho tiempo atrás fuera un hatajo de orcos humillados iba convirtiéndose cada día más en una fuerza de combate a tener en cuenta.

Ahora tocaba organizarse: su número había crecido considerablemente. Reink y Slivis, ayudados por Khaja el de la vista aguda, habían logrado dar con varias bandas u hordas de orcos que habían huido de la batalla en el Pelennor o de un gran enfrentamiento que se produjo en la Puerta Negra, finalizado apresuradamente por la muerte del Señor Oscuro.

-El Señor Oscuro no morirá hasta que no muera la última de sus criaturas; no morirá hasta que no muera el último de nosotros. -Mogr había tomado la decisión, siguiendo los consejos de Glashnok, de no permitir que el desánimo cundiera entre la cada vez más populosa horda.

Se les había unido la manada de jinetes de huargo de Jeffú, un espécimen particularmente escuálido de orco, que, según pensaba Glashnok, sería incapaz de andar tres pasos sin caerse al suelo si bajara de su feroz Kol. A cada victoria seguía una gigantesca columna de humo negro y de llamas que anunciaba a quien pudiera verla que los orcos no andaban lejos. También acompañaban a la horda varias decenas de otros descarriados que habían estado deambulando por las montañas, algunos desde hacía mucho tiempo. Según el último censo que había hecho Glashnok, había ciento veintiséis orcos, aunque con los cascos y con su habitual desorden probablemente habría repetido alguno y, del mismo modo, se habría dejado alguno sin contar.

Por otra parte, Dorthó y los cuatro que habían marchado con él no habían regresado tras dar con la última aldea. Glashnok, frío y retorcido, lamentaba la pérdida de los huargos que montaban más que la de Dorthó y su cuadrilla de merodeadores. Todo se

reducía a números. Y ahora los números empezaban a suponer un motivo de tensión en la horda.

-Mogr nos ha dado la oportunidad de sobrevivir -defendía Slivis ante las críticas de Jeffú.

-Yo también traje a los míos hasta aquí, escoria -Jeffú y sus huargos mostraban los dientes. -Nunca los huargos habían conseguido vadear el Anduin, y lo hicimos tras la muerte del Señor Oscuro.

-Coge entonces a tus jinetes y marchaos -Reink se llevó la mano a la empuñadura de su espada. -A ver cuántas aldeas lográis arrasar antes de que los huargos se os coman vivos.

-No querréis que midamos las fuerzas, ¿verdad? -Shagrat golpeó la palma de su mano izquierda con el puño derecho. -Si se trata de ver quién manda aquí, deberías tener en cuenta a quien tuvo a su cargo la guarnición de Cirith Ungol.

No pocos murmullos de aprobación. Aquel gran orco de vestiduras negras contaba con muchos apoyos en la horda. Más, quizás, de los que Glashnok creía que podría reunir en defensa de Mogr Panzahierro. El capitán de la ciudadela de Mordor, cuyo relato de auge y caída había cautivado a los más crédulos, se postulaba como un perfecto candidato a disputarle el mando al Panzahierro.

-Nadie ha elegido a Mogr para que nos guíe -Jeffú no se dirigía a Slivis ni a Reink, sino a toda la horda, entre los que había múltiples partidarios suyos. -¿Quedaremos en esto: en asaltar puebluchos como si fuéramos simples bandidos? -Murmillos entre los orcos. -¡Somos orcos! ¡Somos un ejército!

Glashnok vio hacia dónde quería llevar Jeffú la arenga, así que emergió de entre la multitud y dijo, sarcástico:

-Si sugieres que atacemos una ciudad, te propongo, por ejemplo, Minas Tirith. Toma el mando y condúcenos hasta sus muros. -Echó un vistazo alrededor. -No somos tantos como la última vez, pero tenemos posibilidades...

-¡Calla, traidor repugnante! -El huargo abrió la mandíbula, quizás más a modo de bostezo que de amenaza, pero en cualquier caso dejó al descubierto una gran cantidad de colmillos y una boca que sin duda podía partir por la mitad a Glashnok de un bocado. -Fuiste tú el culpable de que Targo, vuestro anterior caudillo, muriera a manos de Mogr, ¿no es verdad? Se habla mucho sobre ello entre los tuyos. Se ve que no les caes muy bien.

Glashnok buscó con la mirada a Khaja, a Slivis, a Reink, que con la cabeza le reafirmaron su confianza.

-¡Busquemos una fortaleza y tomémosla! -rugió Shagrat. -No seguiré acampando entre escombros ardientes y heces de huargo.

-Entonces deberías volverte a Cirith Ungol, rata de castillo. -Jeffú hizo brillar la mellada hoja de su hoz.

El estruendo que parecía emitir un cuerno puso orden entre los orcos cuando el sol ya se estaba poniendo. Creyendo que se trataba de un ataque de las tropas del feudo, que según Glashnok estaban tardando demasiado en responder a su estela de destrucción, los orcos formaron y Mogr, que había estado durmiendo durante toda la disputa, se preparó para dar las órdenes marciales a sus guerreros. Resultaba evidente: los estaban atacando aprovechando la inercia de una carga desde la cima de la colina.

-¡Formad! -La voz de Mogr se elevaba sobre el tumulto de orcos. -¡Lanzas al frente! ¡Que los arqueros tengan a mano sus espadas, por lo que pueda pasar!

Jeffú, impaciente por mostrar una determinación y unas dotes de mando de las que carecía, anunció:

-Los jinetes daremos la vuelta a la colina y cargaremos por su retaguardia sin que se lo esperen.

Mogr dio el visto bueno. El desorden que había imperado en la horda se tornó una obediencia férrea: todos funcionaban como el ejército que una vez fueron. Glashnok comprendió que, en aquellos asuntos, Mogr no necesitaba de ninguno de sus consejos. Vio cómo disponía sus piezas y jugaba a imaginarse la otra parte del tablero: con cuántas piezas contaba el otro jugador, qué tipo de formación tendría pensado utilizar, de qué información disponía relativa a la horda y qué esperaba encontrarse...

«Mogr lo ha hecho bien», razonaba para sí. «Buscar la altura ante una hipotética carga de caballería del enemigo es impensable: si ésta se llevaba a cabo en los próximos minutos, la carrera de los orcos hasta la colina sólo se traduciría en la ruptura de la formación y en una arrolladora cabalgata por la espalda».

-¡Cargad las flechas!-rugió Mogr.

Otra vez el cuerno, más cerca.

-¡Disparad a discreción en cuanto veáis movimiento en la cima de la colina!

A pesar de que el propósito por el que el Señor Oscuro los había creado era la guerra, sintieron todos un gran terror los instantes previos a la contienda.

«No podemos fallar de nuevo», caviló también Glashnok. Repetir lo sucedido en el Pelennor daría al traste con todo lo que llevaba semanas construyendo, con la diferencia de que ahora no habría olifantes que les cubrieran la retirada.

-¡Preparaos!

El crepúsculo. La hierba seca se agitaba, movida por la brisa del final del estío. Silencio. Las lanzas tiritaban en la primera línea de defensa. Sonó el cuerno una tercera vez, y parecía dispuesto a romper en dos las colinas. Algunos orcos dispararon sus flechas, y los demás, creyendo que se acercaba el enemigo, los imitaron. Mogr dejó escapar un gruñido de desaprobación que, tal y como se temía Glashnok, presagiaba serias consecuencias una vez acabara la batalla. Efectivamente, no había guerreros a la vista, pero pronto olvidó Mogr Panzahierro este detalle.

Las flechas trazaron vuelos desiguales, pero en cuanto llegaron a su cénit, desplegaron dos alas de un negro brillante y, convertidas en cuervos, dieron media

vuelta y se precipitaron sobre los orcos hasta posarse sobre las hojas de las lanzas y graznar como si se estuvieran riendo de ellos, que intercambiaban miradas de asombro y terror por igual.

-¿Qué es esto? -preguntó, incrédulo, Mogr.

-Sólo puede ser brujería - Glashnok le respondió con la misma incredulidad.

Y entonces, por la cima de la colina, fue apareciendo a la vista de los orcos al que tenían por su enemigo: un gran troll de aspecto rocoso que, agarrado con una mano, arrastraba por la tierra un gran cuerno. Tras él, otros de su especie tiraban de unas gruesas cadenas que se encontraban enclavadas a una antigua torre de asedio orca.



- LAS ESPADAS PRESTAS AL COMBATE -

-No os prestarán sus tropas, señora -Balerion, su camarero más leal, le comunicó la decisión del consejo mucho antes de que este se la hiciera saber. -¿Qué vais a hacer?

Bleondin lo tenía decidido: no necesitaba escuchar tanta excusa premeditada y aguantar miradas de fingida pesadumbre.

-Tengo un mensaje del consejero Velas para vos, señora -se le adelantó el camarero.

-¿De qué se trata, Balerion?

-El consejero Velas ha dicho que hay alguien en la ciudad interesado en ofreceros su ayuda.

Cerró el pequeño libro que estaba leyendo y miró por la ventana de su dormitorio. Lassport no era una ciudad que resultara en absoluto interesante: los orcos habían pasado de largo cuando Cair Andros y Osgiliath cayeron, ignorando que el decadente puerto que había en aquella orilla del Anduin y que había crecido a los pies de una humilde muralla formaba también parte del reino de los Hombres. Ahora que el Señor Oscuro había caído, sus desnortadas huestes habían convertido las proximidades de Lassport en su patio de recreo.

-¿Su ayuda? -inquirió Bleondin.

-Desconozco el nombre del misterioso caballero, señora. El consejero Velas solo me ha dicho que aquel individuo os espera en la dársena a medianoche. Y que vayáis sola.

Llovía. Una de las primeras lluvias del otoño. Tras un verano tórrido, las embarcaciones atadas en la dársena crepitaban con cada gota que las bañaba. Bleondin avanzaba sobre los tablones de madera, insegura. Medianoche. Un cuerpo tirado junto a una barca y una red mal recogida. ¿Era aquel su contacto?

-¿Me estaba esperando?

-¿Eh? -El hombre, ebrio, volvió a dormirse.

No había dónde refugiarse de la lluvia. Estaba la destartada caseta del vigilante, al que no se veía por ningún lado. Quizás lo era aquel borracho.

«¡Qué dejado tenemos el puerto, a pesar de lo importante que es para Lassport!», pensó ella. «En cuanto vuelva padre le aconsejaré reformarlo por completo».

Había en la caseta una vieja silla en la que Bleondin no se atrevió a sentarse. Esperó bajo el tejado a que amainara la lluvia, y cuando lo hubo hecho volvió a salir al muelle.

-Señora, ¿sois vos? -Una voz familiar a sus espaldas.

Se dio la vuelta. La luna recortaba la silueta encapuchada de un hombre.

-¿Baleríngon?

-Menos mal que no he llegado tarde.

-¿Tarde? ¿Qué haces aquí? Me dijiste que el consejero Velas pidió que viniera sola.

-Así es, señora. Sin embargo, temí por lo que pudiera sucederle.

-¿A qué te refieres?

-El consejero no es el único que sabe escuchar los rumores. Al fin y al cabo, el trabajo de un camarero requiere de saber escuchar.

-¿Y qué has escuchado? No entiendo nada.

Él bajó la voz y miró a sus espaldas, temeroso de que alguien lo pudiera oír.

-Una conspiración, señora.

Bleondin sintió que una gota de sudor helada se le deslizaba por la espalda. Una conspiración era un asunto de una gravedad máxima. Aquello le resultaba muy difícil de creer, pero Baleríngon siempre le había sido fiel, y como regente de Lassport recaía sobre ella la responsabilidad de confirmar o desmentir esos rumores.

El camarero, de hecho, esperó unos segundos antes de entrar en más detalles, porque era consciente de la conmoción que con solo dos palabras había generado en su señora.

-Hay algún consejero involucrado, o puede que el propio alcalde. Algunos rufianes de la ciudad están de su lado.

-¿Qué ganan con conspirar contra mi padre?

Otros segundos de silencio.

-No es contra vuestro padre, señora. -Tragó saliva. -El asunto es más complejo de lo que parece, y no es este el lugar para que lo tratemos. Ya estoy más tranquilo al ver que el consejero Velas no había tramado nada contra vos.

Bleondin pensaba lo mismo.

-De modo que supongo que podemos confiar en él. Quizás nos sea de ayuda para descubrir algo más sobre la conspiración.

Un sonido: la madera del muelle crujiendo. Bleondin miró hacia donde había estado el borracho hasta hacía un instante, pero tanto él como la red se habían esfumado. Antes de que se hubiera dado cuenta, un entramado de hebras de cuerda cayó sobre la dama, que se precipitó al suelo y, de no haber caído sobre sus manos, seguramente no hubiera podido ponerse en pie en algún tiempo.

Escuchó algo cayendo al agua y el grito ahogado de Balerion. Lo habían arrojado y estaba luchando por no ser tragado por el Anduin. No tardó en ver al culpable: aquel hombre harapiento y mugroso. El mismo que la había atrapado.

-Te tengo, señora -rio él, sin el menor atisbo de ebriedad. -Da gracias de que te quieran viva, porque si no serías ahora un fiambre pescado en mi red.

-¿Quién eres? ¿Qué quieres? -gritó Bleondin mientras se esforzaba inútilmente por zafarse de la red.

-Yo, Acen el Cazapresas, solo quiero dinero, pero los otros querrán algo más.

-¿Qué otros? ¿Para quién trabajas?

-Te equivocas de pregunta, estúpida.

-¿Y qué debería preguntarte?

-¿Por qué trabajo? Y la respuesta es: por la paz, señora.

Bleondin necesitaba ganar tiempo: confiaba en que pronto acudieran a trabajar los pescadores más madrugadores y la liberarían. ¿Quién no ayudaría a su señora si esta podía recompensárselo liberalmente? Tenía que ganar tiempo y, quienquiera que fuera, había contratado los servicios de un mercenario muy parlanchín.

-¿La paz? Todos la deseamos.

-La paz de verdad, la vida: todo cuanto puede desear un siervo. Vosotros, los señores, pagáis guerra con más guerra. Tú eres solo una fulana a quien el azar ha hecho que gobierne una ciudad que la detesta. ¿Sabes por qué? Porque quieres enviarnos a morir a la guerra que hay allá afuera mientras tú y los tuyos continuáis desangrándonos. El Señor Oscuro ha muerto, pero déspotas como el Rey Elessar y tú no tardáis en buscar nuevos enemigos.

Aquel hombre, Acen el Cazapresas, le estaba resultando muy provechoso. Quizás demasiado: o era un incompetente, o él también estaba ganando tiempo. ¿Para qué? De todos modos, Bleondin decidió seguir haciéndole preguntas, porque todavía faltaban varias piezas en aquel rompecabezas.

-No buscamos enemigos: terminamos de darles caza para que la paz se instale en el mundo.

-¡Estúpida! -El hombre profirió una risotada lo suficientemente alta como para asegurar a Bleondin que él no temía ser descubierto. -Tanto tú como el Rey lo sois. Y nosotros arrasaremos contigo, y con él, y con todos los que se opongan a la paz.

-¿Qué paz es la que buscáis?

-La que nos brinde el nuevo Señor Oscuro.

Cerca del muelle, entrechocar de espadas. Gritos.

-Ya ha empezado, señora. -Golpeó con una patada la red y la cabeza de Bleondin recibió el impacto.

No recordaría nada de lo que siguió a ese momento.



- UN ENCUENTRO NADA CASUAL -

-¡Trolls! -gritaron los orcos, más aliviados una vez que vieron que, al menos por aquel momento, no debían entrar en combate.

Eran trolls. Varios de ellos. La torre se alzaba como una montaña metálica que custodiaban, a su vez, docenas de orcos formados.

-¿Quién liderará este grupo? -preguntó Mogr en voz baja. -¿Pedirá el mando de toda la horda?

«Si se une a nosotros, estará en condiciones de exigirlo», rumió Glashnok. Mogr estaba realmente agitado y preocupado.

-No somos suficientes como para aplastarlos -añadió Mogr.

«No, definitivamente no». Había visto a los trolls en acción. En el Pelennor, la carga de los jinetes se vio frenada en cuanto aquellas criaturas salieron a su encuentro, y sus robustos brazos poco tenían que envidiar a los olifantes.

-No, capitán. Puede que aún podamos tratar con su caudillo. -Glashnok sabía perfectamente cuándo y cómo era conveniente ser diplomático: una cualidad que muy excepcionalmente poseían los de su especie.

-Y si no puede ser, le arrancaré la cabeza -Mogr, por el contrario, dibujó una especie de sonrisa en su rostro azulado y esférico. A Glashnok no le transmitía ninguna seguridad: sabía que Mogr sería capaz de hacerlo. «Como si lo hubiera hecho tan fácilmente si yo no hubiera empujado a Targo y se lo hubiera quitado de encima».

La torre se detuvo a escasos metros de donde se había disuelto poco antes la formación de lanzas. En su cima asomó una figura vestida con una túnica morada que proclamó desde lo alto y con tono solemne hacia todos los que se encontraban a sus pies:

-Los vientos de la magia me ha traído finalmente hasta vosotros, criaturas de Mordor. Recibo el nombre de Ondalfas, el Hechicero de las Sombras. ¿Quién está al mando? ¿Con cuál de vosotros debo hablar?

Mogr lanzó una mirada desafiante a Jeffú, que acababa de regresar con sus jinetes tras tener que abortar su ataque por la retaguardia enemiga. Jeffú, como un perro que teme el castigo de su amo, se hizo pequeño y renunció a lidiar con un mago. Luego miró a Shagrat, de cuya altivez anterior no quedaba ni rastro. De entre todos los orcos de la horda, solo uno respondió.

-Yo.

«Se está fraguando algo de gran importancia para la Tierra Media», presintió Glashnok. «Mogr jugará su papel en ello, pero yo también tengo el mío. Debo lograr hablar con el supuesto mago».

Se dispuso a intentar convencer a Panzahierro para que le permitiera estar presente en la entrevista, pero Mogr se le adelantó y añadió:

-Y este también se viene.

«Muy bien, Mogr. No podrías haber tomado una decisión mejor».

El hechicero consintió y pidió a ambos orcos que subieran a la torre.

-No ha sido fácil dar con vosotros -les dijo desde la cúspide, con cierto tono de amonestación. -Os habéis revelado como una horda muy escurridiza y poco habitual. La mayoría de los orcos están dispersos y se matan entre ellos en absurdas disputas de liderazgo, pero vosotros...

Mogr se hinchó aún más, orgulloso, y Glashnok lamentó que, a ojos del brujo, Panzahierro quedara como el artífice de la horda.

-A partir de ahora ya no sois una horda, sino una legión, y yo tomo el mando de todos vuestros efectivos. -Aquello fue un mazazo muy duro para Mogr. El brujo añadió: -Habéis hecho un buen trabajo hasta aquí, pero lo que viene a continuación requiere de un control absoluto de trolls, orcos y bestias.

-¿Y cuál es su estrategia, brujo? -preguntó Glashnok.

No temía lo que Mogr pudiera pensar respecto a que se dignara a hablar directamente al brujo, porque el orco azul parecía consternado. Al hechicero tampoco dio la sensación de molestarle. Sin embargo, su respuesta no fue dirigida solo hacia él, sino hacia todos los guerreros.

-No penséis que la oscuridad ha desaparecido de la Tierra Media. La sombra es imparabile. Cayó Melkor y se alzó Sauron. Cae Sauron y yo me alzo. Siempre el discípulo ha sucedido al maestro. Mi señor Saruman debió tomar el relevo tras la derrota del Señor Oscuro, pero su muerte me convierte a mí en su heredero.

Las criaturas que lo habían acompañado hasta entonces se arrodillaron en una reverencia. Los miembros de la horda de Mogr, sin saber muy bien por qué lo estaban haciendo, los imitaron. El propio Mogr y Glashnok también hincaron la rodilla sobre la

placa de hierro que recubría la torre de asedio. Sin lugar a dudas, el brujo estaba utilizando alguno de sus encantamientos.

-¡Llevad la noticia de que la sombra se ha levantado en Anórien!

Golpeó con su bastón el suelo de la torre y una serie de compartimentos articulados a lo largo de ésta abrieron múltiples ventanas por las que salieron revoloteando centenares de murciélagos como una inmensa nube negra que se esparció silenciosamente en todas direcciones.

«Así que por ello utiliza la torre...», se percató Glashnok. «Un eficaz método para guarecer a los murciélagos de la luz del sol».

-Todos en marcha. -Con la vara, el mago señaló el rumbo que debían seguir.

Los trolls se irguieron en toda su longitud para luego, inclinándose hacia adelante, tirar con todas sus fuerzas de la torre y ponerla en movimiento. El hechicero se volvió hacia Mogr y Glashnok y les dijo:

-Tenemos mucho de que hablar.


BALERINGTON
- A TRAVÉS DEL PALANTIR -

Las corrientes del Anduin eran todavía cálidas, y Balerington se sentía como si fuera arrastrado por un río de saliva. La caída desde el muelle había sido necesaria y se había producido según lo acordado con el maloliente Acen. El mercenario se había ganado su sueldo. Lassport ya estaba lo suficientemente lejos como para nadar hasta la orilla. En cuanto sintió el lecho del río bajo sus pies, se llevó la mano al bolsillo y extrajo de ella un fragmento de cristal negro.

Cerró los ojos y deseó ver a alguien en particular a través de él. Entonces, un rostro fue apareciendo en el interior del cristal como si fuera abriéndose paso entre una tormenta.

-Bleondin ha caído en la trampa y a estas horas estará a punto de ser sacrificada al Señor Oscuro.

Unos ojos carmesíes le devolvían la mirada desde las nubes negras del cristal.

-Buen trabajo.

-Lassport ya no se inmiscuirá en nuestros asuntos. El terror los llevará a encerrarse tras sus muros esperando lo que piensan que será el ataque de una horda salvaje.

-Y mientras nuestras tropas se van preparando, continuemos esparciendo el miedo y ganando adeptos entre los mortales.

-Así se hará.

-Mithrandil ha desaparecido; el Rey Elessar, si no está muerto ya, no tardará mucho en sufrir el mismo destino que tu dama de Lassport; Rohan ha quedado tan malherida

tras la guerra contra el Señor Oscuro que no es sino una sombra de lo que fue y aún tardará años en recuperarse.

-Todo marcha mejor de lo que hubiéramos deseado, Hechicero de las Sombras

El brujo se diluyó en la negrura de la gema con una arrogante sonrisa, dejando en el aire el eco de su voz: «Que nadie descubra el cristal del palantir».



Los indicios de que los vientos de la guerra estaban soplando cada vez con más fuerza hacia Drúadan se multiplicaban. En las últimas semanas, diversas aldeas woses habían sido desalojadas por huracanes de murciélagos. Primeramente, sus líderes intentaron plantarles cara como en los no tan lejanos días de la Guerra del Anillo: sus piedras no eran capaces de derribarlos, ni sus lanzas podían atravesar sus peludos cuerpos antes de que aquellas criaturas, con su veloz aleteo, las desviarán de su trayectoria como si fueran simples espigas de trigo.

-No nos querían muertos -explicó el jefe Khûno, en audiencia con Ghân-Buri-Ghân. -Las bestias cayeron del cielo y revolotearon a nuestro alrededor hasta que abandonamos los límites del poblado. ¡Que Yavanna nos proteja!

-Os encontraremos un hogar aquí, en Drû Bhûta -le respondió Moamû-Mammû con su célebre compasión. Esta era la causa por la que la voluminosa wose era bien recibida en las audiencias del señor del feudo de Drúadan. -No sois los únicos que habéis venido aquí últimamente en busca de refugio.

Moamû-Mammû invitó al jefe Khûno a seguir a un wose con la oscura piel surcada de líneas de pintura blanca.

-Con mis respetos, Moamû-Mammû, no necesitamos refugio ni pensamos quedarnos en Drû Bhuta más de un día. -Los ojos del jefe Khûno ardían de ira, aunque los drúedain eran capaces de mostrar serenidad incluso en los mayores arrebatos de rabia. -Mañana partiremos de nuevo hacia nuestro hogar.

-Jefe Khûno... -empezó Moamû-Mammû.

-Con un poco de suerte, los murciélagos ya no estarán allí y todo volverá a la normalidad.

El wose, su cabeza coronada de plumas de colores, se puso en pie, dispuesto a salir del Gran Árbol Nnook, pero Ghân-Buri-Ghân, que se había limitado hasta el momento a escuchar al jefe Khûno y a dilucidar las opciones con que contaban, intervino:

-Algo está sucediendo donde empieza el bosque. Las bestias voladoras solo nos aterrorizaron en tiempos de guerra. Que hayan vuelto quiere decir que la guerra se está fraguando allí. Los gorgûns que encontramos el otro día fueron solo una advertencia.

Moamû-Mammû dio el visto bueno a que, al amanecer, Ghân-Buri-Ghân y sus guerreros woses acompañaran al jefe Khûno y su gente al poblado. En cuanto corrió la

noticia por Drû Bhûta, los otros líderes a los que los murciélagos habían expulsado de sus aldeas reunieron a sus hombres, mujeres y niños y partieron junto al señor del feudo de Drúadan.

Al atardecer, cuando los pinos filtraban los últimos rayos de sol como si fueran un cálido caldo de luz, se presentó ante los woses un desolado páramo de raíces arrancadas, tierra removida y hogueras alrededor de las cuales los repugnantes gorgûns charlaban a gritos y dejaban que sus puños zanjaran discusiones mientras los demás los jaleaban o se reían. No muy lejos de donde se detuvieron los woses, gigantescos seres semejantes a montañas derribaban los árboles que constituían la linde del bosque para que, acto y seguido, unos gorgûns cargados de sierras los cortaran. Aullidos cerca, que aterrorizaron a los más pequeños de los woses.

-Aquí estaban nuestras casas, Ghân -El jefe Khûno abrazaba a su hija, que sollozaba apoyada en su hombro. -Nuestro árbol Nnook. ¿Lo han talado también?

Ghân-Buri-Ghân dirigió una mirada al resto de woses: los otros clanes, cuyas aldeas se encontraban todavía más adelante, compartían el dolor de la tribu del jefe Khûno. No albergaban ninguna esperanza de que los gorgûns hubieran respetado ni sus cabañas ni sus árboles Nnook, motivo por el cual se debatían entre el derrumbamiento y la venganza.

-Saltaremos sobre ellos. Al caer la noche, cuando no puedan vernos.

Mendû ordenó a los suyos que empuñaran las rocaespadas y las hondas. Con lágrimas en los ojos, el jefe Khûno hizo lo propio, así como los otros caudillos.

-No sabemos cuántos son -dijo Ghân-Buri-Ghân, rotundo. -Sabemos cómo matar gorgûns. Siempre lo hemos hecho. -Señaló a los trolls. -¿Y aquellos? Son rocas vivas. ¿Creéis que podemos matar las rocas con nuestras armas? No. Encontraremos el momento oportuno. Que las mujeres y los niños regresen a Drû Bhûta y avisen a Moamû-Mammû: que reúna a los guerreros de los clanes y los mande hacia aquí. Esta guerra nos trasciende. O combatimos, o arrasarán el bosque entero.



- UN CRIMEN NECESARIO AL CAER LA NOCHE -

Llevaba tiempo pensándolo: ahora que el Hechicero de las Sombras había tomado las riendas de la horda y marcaba el ritmo de sus actos con un rumbo fijo, Mogr era prescindible. Es más: representaba un obstáculo para los designios del hechicero, pues estaba urdiendo una traición para recuperar el poder con el apoyo de aquellos que lo llevaban obedeciendo desde la estampida del Pelelnor. En cuanto el Hechicero de las Sombras lo descubriera, sabría que Glashnok tenía conocimiento de ello y lo castigaría con la misma dureza que al artífice del plan. «Sabrá que el Panzahierro me lo ha comentado antes que a cualquier otro orco», pensó.

Cuando cayó la noche, Glashnok dijo a Mogr que sabía cómo derrocar al hechicero. Caminaron lejos, hasta detrás de una colina donde se perdía el rumor de la fragua y el

fulgor de sus descomunales hornos, en los que las armas y armaduras del ejército oscuro se estaban preparando para el esperado renacimiento orco.

-¿En qué has pensado? -preguntó con impaciencia Mogr.

-No es este el lugar para hablarlo: aún debemos alejarnos algo más. -Debía asegurarse de que nadie pudiera ver caer a Panzahierro, y los huargos de Jeffú solían patrullar a varias millas de distancia de la fragua.

-No caminaré más hasta que me lo digas -Mogr se detuvo en seco, lo que obligó a Glashnok a dar un paso atrás para quedar al mismo nivel que el orco, cuya piel azul se tornaba celeste a la luz de la estrecha luna que coronaba el cielo. -Dime, escoria, qué debo hacer para deshacerme del mago.

Glashnok lo miró, y por un instante sintió algo que no había sentido antes: piedad. Aquel gordo y maloliente orco le debía la vida, y sin embargo su protección le había garantizado la supervivencia en el seno de una horda de la cual cada día se sentía menos parte. «¿Es realmente necesario?», se dijo.

-Está bien, capitán. -Respiró profundamente. -Hay una forma de derrotar al brujo, pero su magia impide que te acerques a él para partirle el cuello. He estado observándolo, y me he percatado de un fallo que comete a diario y que podemos utilizar en su contra.

Mogr sonrió e hinchó su barriga como si acabara de zamparse un gran secreto.

-¿Es eso cierto? ¡Vaya, esta vez te has superado, canalla! -Se inclinó hacia el astuto orco y añadió, con un indisimulado tono de curiosidad. -¿De qué se trata?

Glashnok no se lo pensó dos veces: agarró con fuerza su cuchillo y se lo clavó a Mogr Panzahierro en la coronilla, donde aún era visible la cicatriz que Targo le había dejado tras su pelea. O eso creía: la redondez de su cráneo provocó que la daga se le resbalara y le realizara un profundo corte a lo largo de la frente y hasta la barbilla. Mogr se llevó las manos a la herida para que dejara de brotar la sangre mientras profería sonoros aullidos y maldiciones que Glashnok temía que pudieran oír en el campamento, a pesar de encontrarse suficientemente lejos de allí.

-¡Maldito despojo de huesos! -Se retorció de dolor en el suelo mientras escupía la sangre que se le iba escurriendo hasta la boca -¡Nunca debí confiar en ti, desgraciado! ¡Ojalá pudiera matarte ahora mismo con mis propias manos! ¡Mátame!

Glashnok no estaba preparado para presenciar aquella escena: en su cabeza, el asesinato de Mogr empezaba y acababa con el cuchillo hundido en la azulada coronilla. No podía imaginar que Panzahierro agonizara de aquella manera. Él hubiera deseado una muerte silenciosa. El gordo orco estaba en el suelo y aparentemente cegado por la sangre, que le cubría por completo y no dejaba de manar, de modo que podía silenciarlo para siempre. Pensó en qué haría cualquiera de su especie: abandonarlo allí y confiar en que su muerte fuera lenta y dolorosa. Intentó marcharse, pero regresó junto a Mogr, que ahora lloraba patéticamente.

-Todo, al final, se reduce a nada -susurró Glashnok al oído de Mogr.

El cuchillo ascendió de nuevo en el aire para dejarse caer sobre la cicatriz.



- LA BATALLA SE VUELVE INEVITABLE -

Cuando abrió los ojos ya era de día y el rocío cubría sus rubios cabellos. Sintió el traqueteo de las ruedas bajo su cuerpo. Estaba en un carro, tumbada boca abajo y rodeada de todo tipo de objetos de pesca. Sin atreverse aún a levantarse, buscó con la mirada algo que le pudiera ayudar. Un pequeño martillo era la mejor opción. Tenía las manos libres. Además de parlanchín, aquel mercenario del puerto se había olvidado de maniatarla y de taponarle la boca. Dos errores por los que se arrepentiría. Extendió la mano y tomó el martillo. El carro se agitaba demasiado y hacía demasiado ruido para que la escucharan hacerlo. Despegó la mejilla de la madera y localizó al hombre que, dándole la espalda, conducía el carro. Un golpe bastaría, pues, a pesar de ir encapuchado, no tenía aspecto de ser muy fornido.

-No hagáis eso, señora -le dijo una voz a su derecha. Era un anciano de barba rubia, seguramente antaño pelirroja, que cabalgaba junto al carro. -Somos los buenos, doña Bleondin de Lassport.

-¿Y quiénes son los buenos? -preguntó ella, aproximándose aún más al conductor y amenazando con asestarle un martillazo en la cabeza. -¿Los que quieren la paz hablando con los orcos? ¿Los que con mi muerte pretendían despejar el camino hacia un pacto con el mal?

Había ido subiendo la voz hasta gritar. El anciano, por el contrario, le dirigía una sonrisa que hinchaba sus pómulos y le hacía adquirir la apariencia de una manzana madura.

-Mírelo usted misma -dijo él, señalando al encapuchado conductor del carro.

Bleondin se detuvo justo tras él y, recelosa, le ordenó que revelara su identidad. Él descubrió su cabeza y se dio la vuelta. La dama no podía creerse lo que estaba viendo: era un niño de alrededor de ocho años, con el rostro sucio y dos grandes ojos verdes que rezumban inocencia. Era tan pequeño para aquel carro que su asiento estaba elevado con una caja.

-Se llama Barlon. Es muy valiente.

Bleondin dejó caer el martillo, que con un sonoro "¡clon!" golpeó la madera del vehículo, y rompió a llorar mientras abrazaba al niño.

-Somos los buenos, señora -continuó el anciano. -Somos los que queremos la paz, la definitiva; la que se logra cuando el mal es erradicado y se hace justicia. Cuando el consejero Velas nos dio a conocer vuestras intenciones y las de vuestros enemigos, mi compañía y yo nos apresuramos a llegar a Lassport.

-¿Velas? -preguntó Bleondin. -Creía que había sido él quien me había tendido la trampa en el puerto.

-En absoluto, señora. El consejero es una persona de plena confianza, pese a todo.

-¿Cómo está tan seguro?

-Señora, porque Velas es mi hermano. Mi nombre es Varsur, y soy uno de los capitanes de Cair Andros. Mi compañía y yo éramos la guarnición de la ciudad, y cuando escuchamos que los orcos estaban devastando Anórien acudimos en ayuda de los aldeanos.

-¿Hay supervivientes?-inquirió Bleondin. -¿Dónde se encuentran ahora?

-A donde nos dirigimos, señora. Hemos levantado un campamento con empalizada alrededor de uno de los pocos pozos que no han derribado los orcos. Mi compañía y los guerreros que hemos ido acogiendo en él lo custodian a todas horas.

A Bleondin le rondaban demasiados interrogantes, que involucraban a Velas, a Baleríngon, a Acen y a aquella conspiración en la que estos dos últimos parecían involucrados. No quería creerlo, pero las cosas cuadraban. «¿Dónde estaría ahora si no me hubieran rescatado Varsur y sus caballeros?».

El campamento apareció tras una colina, cercado por la empalizada y sembrado de tiendas y hormiguitas que se fueron revelando como hombres y mujeres a medida que el carro se aproximaba. Guardaba el portón la insignia de Gondor, inspirando esperanza a los refugiados, como si tras ella fueran a hallar, más pronto que tarde, la calma y la seguridad perdidas.

Los días se fueron sucediendo en el campamento sin que Bleondin observara avances en su intención de plantar cara a los orcos. Cuando ya había renunciado a esa idea, se produjo el milagro.

-Los ataques hace semanas que han cesado -anunció Varsur. A pesar de que la noticia representaba un gran alivio para los habitantes de toda la región, no había alegría en su voz. -Ello significa que es probable que los orcos hayan cambiado de estrategia.

-¿Y si han localizado el campamento y se están preparando para atacarlo? -gritó horrorizada una mujer.

El pánico se extendió entre todos los aldeanos.

-En ese caso, como hija del Azote de Anórien, convoco a las espadas del feudo para llevar a cabo el ataque. -Bleondin pronunciaba cada palabra con la seguridad de un experimentado general y la firmeza de un sabio monarca.

Varsur estaba de acuerdo.

-¿Y abandonar la protección de esta empalizada? -preguntó un anciano escéptico.

Bleondin abrió la boca, pero Varsur, haciendo valer su condición de protector del campamento, se le adelantó:

-Thomas, ¿has oído hablar del Abismo de Helm? ¿Recuerdas las noticias que llegaron acerca del asedio a la Ciudad Blanca? Los hombres siempre nos hemos refugiado tras muros y, en el último aliento de vida, algún Vala se ha apiadado de nosotros. Ahora que Sauron ha caído, ¿qué nos garantiza que volverán a fijarse en

nosotros? Tomemos la delantera. No es necesario un choque frontal: los números están en nuestra contra. Ataques relámpago, cargas devastadoras, emboscadas... ¡Los días de los orcos han terminado!

Sin lugar a dudas, el efecto de sus palabras y el carisma de quien las pronunció surtieron efecto inmediatamente en aquella gente de tantos pueblos distintos. Bleondin consintió que Varsur fuera la Sacudida de Anórien, la primera espada del feudo.

Los herreros se pusieron manos a la obra mientras los caballeros recorrían la región en busca del lugar al que habían ido a parar los orcos. Cuando dieron con su paradero, Bleondin alzó la vista hacia el Árbol Blanco que ondeaba sobre la empalizada: por fin se aproximaba la batalla de su vida. «Padre estará orgulloso si salgo victoriosa. Y si fracaso, ¿llorará mi muerte?».



- LOS WOSSES PLANTAN CARA -

Ella también había acudido. Moamû-Mammû era probablemente la más voluntariosa de todos los woses. Sabiendo que Ghân-Buri-Ghân iba a entrar en combate, ella jamás hubiera consentido que lo hiciera solo. Dejó al pequeño Lar-Buri-Lar con el ciego Wishom-Burôm y empuñó sus desacostumbradas armas.

La primera línea de pinos había retrocedido un centenar de metros en la última semana. Ahora que los woses habían aunado finalmente sus fuerzas, era el momento de atacar. La estrategia era simple: aprovechar la oscuridad de la madrugada, cuando las hogueras dormían al igual que los gorgûns, para emboscar al enemigo. Cuando este se percatara del ataque, los hombrecillos drúedain retrocederían en busca del cobijo del bosque, donde se ocultarían adoptando la apariencia de tótems de piedra. Las rocaespadas ya estaban desenfundadas y los ánimos generalmente predispuestos a la batalla.

-Adelante, en silencio.

Los orcos que montaban guardia estaban roncando. No habría una oportunidad mejor. Emergieron lentamente de debajo de los árboles y, antes de que se hubiera puesto cada uno junto al cuerpo durmiente de un gorgûn, un grito, relinchos y cascos de caballo golpeando la tierra despertaron a los enemigos.

-¡Ahora!

Varias rocaespadas se clavaron en las gargantas de los gorgûns, tal y como Moamû-Mammû había sugerido. Hubo otras que fueron arrojadas al suelo mientras sus portadores corrían a refugiarse en el bosque. No obstante, también hubo woses a los que los gorgûns atraparon y cuyas espaldas partieron sin grandes dificultades con sus propias manos. Cundió el caos en pocos segundos. Quienes fuera que estuvieran montando los caballos habían cargado contra los gorgûns por el otro extremo. Aquellas criaturas del mal iban de un lado para otro. Los gigantes de piedra derribaárboles asomaban sobre los yelmos de los gorgûns, mientras grandes lobos se abrían camino entre los woses con arañazos y dentelladas.

-¡A los árboles! -ordenó Ghân-Buri-Ghân a los pocos de los suyos que aún continuaban combatiendo, con más valor que destreza.

Como si de una explosión se tratara, la torre abrió una boca, de cuyo interior se escaparon nubarrones de alas negras y colmillos picudos. Con un chillido ensordecedor se cernieron sobre los woses en desbandada.

Ghân-Buri-Ghân buscó a Moamû-Mammû entre aquel océano de cuerpos en movimiento sobre otros que ya no se moverían jamás. Allí estaba, plantando cara a un gran gurgûn de piel negra y hábitos cenicientos. Esquivó un golpe tras otro y, llegado el momento, atravesó con su rocaespada la pierna derecha de su enemigo, que cayó al suelo sin dejar de agarrar a la robusta wose por el tobillo. Ghân-Buri-Ghân corrió hacia ella y la liberó ensartando con su rocaespada aquella repugnante cabeza. Un jinete rebanó el cuello a un gorgûn que se les acercaba amenazante, hizo que el caballo se detuviera ante ellos y les dijo:

-¡Marchaos!

Juntos, Ghân-Buri-Ghân y Moamû-Mammû se internaron en el bosque, poco antes de que el cielo ardiera y sucediera lo que sucedió.



-¡Por Gondor! -Varsur inició la carga y sus jinetes lo siguieron.

Bleondin cabalgaba a su lado, todo el cuerpo cubierto por una armadura plateada en la que se reflejaban las estrellas de la madrugada. Los habían estado observando varios días: los orcos los superaban en número, pero los que montaban guardia solían caer rendidos a aquella hora. Y no fue una excepción. La primera acometida de los caballeros arrasó con los orcos más alejados del bosque de Drúadan, que aún no habían tenido tiempo de armarse. Cuando algún caudillo les dio las órdenes y formó a sus guerreros, los lanceros orcos estaban preparados para enfrentar el embate de los caballos. Algunos caían en la trampa: la montura era herida de muerte y el jinete, en tierra y aplastado por el cadáver del animal, resultaba una presa muy fácil.

Bleondin blandió una lanza con la que intentó en varias ocasiones herir a uno de los trolls, pero aquella piel parecía impenetrable. Se oían aullidos de huargos, rugidos de orco, el metal contra el metal y la poderosa voz de Varsur, dando indicaciones a sus caballeros. Con su espada iba allanando el camino a través del que los demás avanzaban los demás. Bleondin procuró no alejarse de él porque temía no poder escuchar su voz y extraviarse entre tanta lanza y alabarda.

-¿Girad hacia la izquierda! ¡Cuidado con los trolls!

Los trolls, con movimientos torpes pero devastadores, no perdían la ocasión de aplastar con el pie a jinete y montura a un mismo tiempo.

Desde algún lugar arrojaban piedras a gran velocidad. ¿Contra ellos, o contra los orcos? Una le golpeó el escudo, pero las había que impactaban también en las corazas y los cascos de los enemigos. La gigantesca torre de asedio se tambaleó cuando se abrió en ella una ventana que liberó un enjambre de murciélagos de gran tamaño.

-¡Preparaos para su embestida desde el aire! -Varsur no se había enfrentado jamás a este tipo de criaturas, y confió a sus arqueros la misión de derribarlas. No obstante, aquellas bestias eran imposibles de ver en la oscuridad de la noche.

Por suerte para los caballeros de Anórien, los murciélagos volaron mayoritariamente hacia el bosque. «Allí también está sucediendo algo», pensó Bleondin. «Las fuerzas del enemigo están divididas, como si no fuéramos los únicos que les estamos atacando». Aprovechando una brecha en la formación de los orcos, avanzó hasta alcanzar a ver a lo que creyó que eran enanos que huían hacia el bosque. Los perseguían dos orcos: mataron a uno y el segundo, que parecía querer abalanzarse sobre ellos, cayó al certero tajo de la espada de Bleondin.

-¡Marchaos! -les gritó.

Los dos enanos parecieron entenderla.

Bleondin trató de regresar junto a Varsur, que había dirigido a los jinetes lo más lejos posible de los trolls, que estaban provocando auténticos estragos. Su caballo no podía evitar pasar por encima de cuerpos de hombres, orcos y de aquellos enanos que parecían niños barbudos. Era el terror de la guerra: lo que aquel borracho de Acen el Cazapresas le había querido decir en la dársena.

-¡Hay que retirarse! -Varsur tocó la trompeta y reagrupó a muchos caballeros a su alrededor para emprender la huida. Encontró, entre la marabunta de cuerpos en la lucha, a Bleondin, y le llamó diciéndole que se apresurara a llegar hasta él.

Había demasiados orcos. Los trolls continuaban atrapando a hombrecillos y jinetes descarriados. No había rastro de los huargos, pero pese a ello le resultaría imposible alcanzarlo.

Y en aquel momento, precedido de una sonora carcajada, el cielo ardió en una cascada de fuego que se alzó de la nada sobre la tierra.



- LA TEMPESTAD HA ACABADO -

La sangre le goteaba por los dedos. Al diferencia de cuando Targo fue decapitado por Mogr, Glashnok sí sintió una gran pesadumbre por sus actos. Si propició el ascenso de Panzahierro por el bien de la horda, ahora había garantizado que el plan del Hechicero de las Sombras se ejecutara y se produjera el renacimiento de los orcos. ¿O lo había hecho por su propio interés?

«¿Acaso facilité la muerte de Targo porque me sabía de los más débiles y creía que la sed, el hambre o los otros orcos acabarían conmigo antes que con cualquier otro?». Glashnok sintió en el estómago una avalancha de sentimientos como nunca había

sentido un orco. «Esta sangre, ¿la he derramado para salvar mi pellejo?». No era capaz de comprender el porqué de sus emociones, y el motivo por el que los demás no las sentían.

Emprendió el retorno hacia la fragua. Antes de tenerla a la vista, el cielo se iluminó como si un incendio se hubiera propagado por él. Aumentó el ritmo hasta correr, aunque no era consciente de lo que estaba haciendo. Un campo de batalla se desplegó a sus pies, bajo la colina. La torre, en medio de la contienda, permanecía intacta. A la luz de las llamaradas se distinguían innumerables bultos tendidos en tierra, entre la cascada de fuego y la negrura del bosque. El combate ya estaba terminando: fueran quienes fueran, los caballeros estaban cercados por las llamas o dispersos entre guerreros y trolls.

Descendió la colina. Era imposible no pisarlos: centenares de cuerpos, algunos de los cuales aún albergaban algo de vida. Orcos que conocía bien, y otros con los que nunca había tratado. También había cadáveres de hombrecillos desnudos y aspecto primitivo incluso para alguien de la raza de Glashnok. Huargos y caballos no eran tan diferentes muertos. También había hombres. Procuraba no acercarse a los reductos de combate que quedaban.

«¿Dónde está el Hechicero de las Sombras?» fue lo primero en lo que pensó. Sin duda, aquella muralla de fuego había sido obra de su magia. Caminó hacia el bosque. Reconoció a Reink, cuya cabeza colgaba de la columna vertebral, y unos pasos más allá yacía Shagrat, con su hábito negro y su arrogancia trepanada por la hoja de una espada. Allá donde ponía la vista había cadáveres. «Debo encontrar al brujo: tenemos que valorar si esta batalla interfiere en los planes del renacimiento del orco».

Estaba a punto de internarse en el tenebroso bosque que tenía delante cuando una luz lo cegó. Una bandada de murciélagos emergió de entre los pinos como si estuviera huyendo de ella. Poco después, la tierra empezó a temblar a sus pies y cayó al suelo. Sintió los árboles alzando sus raíces y agitando sus ramas: el bosque había despertado. Orcos y trolls no comprendían lo que estaba sucediendo. Se olvidaron de los pocos caballeros que quedaban combatiendo e intentaron escapar de aquellas criaturas, puesto que la cascada de fuego se deshizo en una lluvia de ascuas. Los árboles hundían sus raíces en la tierra, y derribaban a los trolls y aplastaban a los orcos contra las rocas. Entre varios de ellos tumbaron la torre del Hechicero de las Sombras, que cayó sobre la fragua.

Los ojos de Glashnok se empaparon, por primera vez en su vida, de lágrimas. Permaneció estirado en el suelo hasta que los árboles andantes hubieron emprendido la persecución de los orcos restantes por las colinas. Entonces, asegurándose de que nadie lo veía, se escabulló en la dirección contraria. «La tempestad ha acabado. Esta vez, para siempre».



GHÂN-BURI-GHÂN

- LA CORONA -

Había muchas bajas. Demasiadas. Moamû-Mammû y Ghân-Buri-Ghân dejaban a sus espaldas a guerreros y caudillos, a tribus enteras masacradas. Sobre sus cabezas, las

bestias aladas revoloteaban y descendían para arañarles o mordisquearles los brazos y la cara. Escuchaban a sus espaldas a los lobos atravesando como una flecha los matorrales y dispuestos a darles caza, con los orcos que los montaban aullando y riendo.

-¡Debemos alcanzar Drû Bhûta pronto! -Ghân-Buri-Ghân estaba exhausto, y su esposa también. Solo encontrarían refugio tras los rostros de nogh y en torno al Gran Árbol Nnook.

A la entrada de la ciudad wose, varios guerreros estaban preparados para repeler al enemigo con sus dardos envenenados, que llovieron sobre los lobos y sus jinetes, algunos de los cuales recibieron el impacto. Mujeres y niños tomaron parte de la defensa de la ciudad golpeando con cazuelas o cucharas a los murciélagos que se cernían sobre ellos. Ghân-Buri-Ghân pidió a Moamû-Mammû que custodiara la casa del ciego Wishom-Burôm para que Lar-Buri-Lar estuviera a salvo. Por su parte, el señor del feudo de Drúadan se encaminó hacia el Gran Árbol Nnuuk para proteger la corona de Yavanna.

Cuando irrumpió en la estancia excavada en el tronco, se sorprendió al ver a un viejo vestido con una túnica púrpura y una larga barba gris. Sus ojos carmesíes estaban fijos en la diadema que coronaba una escultura wose de la diosa de los bosques. Hablaba en voz baja, como si de un conjuro se tratara, y Ghân-Buri-Ghân reconoció inmediatamente el idioma en que eran pronunciadas aquellas palabras: era la lengua negra. Sabía que debía impedir por todos los medios que aquel anciano corrompiera la joya de la divinidad. Se aferró a su rocaespada y avanzó hacia él. Al percatarse de su presencia, extendió las manos e invocó un huracán de fuego que lanzó volando por los aires al líder wose hasta golpearlo con una roca. Le abrasaba el pecho. No obstante, intentó disparar su cerbatana, pero el dardo se convirtió en una serpiente antes de alcanzar su objetivo y se arrastró hasta enredarse en la cintura.

El viejo reía. Aproximó su vara a la corona para transmitirle su magia, pero entonces la voz de la diosa se hizo luz y lo inundó todo. Ghân-Buri-Ghân logró entreabrir los ojos: la nube de sombras que rodeaba al viejo se difuminó, y dentro de la luz, alcanzó a ver a Yavanna alzando los brazos. Los volvió a cerrar con su imagen impresa en la retina y sintiendo en todo su cuerpo el despertar del bosque.

EPÍLOGO

Todas las historias tienen un final, que es solo una interrupción, más o menos extensa, hasta la siguiente historia. Ahora, esta llega a su fin con la batalla de Drúadan, conocida en las canciones woses como *El despertar del bosque* y en los cantares gondorianos como *La postrera batalla*.

Glashnok deambuló bajo la apariencia de un pordiosero encapuchado por los diversos reinos de los Hombres, corrompiendo a los jóvenes de espíritu arrogante y vanidoso para que lo adoraran como si de un dios se tratara. Allá a donde iba encontraba nuevos adeptos. Cuando las fuerzas le empezaron a flaquear, el astuto orco se retiró a Cirith Ungol, atraído por cuanto le había contado Shagrat años atrás. En la soledad de la

roca negra y el aire putrefacto, Glashnok recorría almenas y torres mientras hacía balance de su vida y conversaba con sus muertos. «Los orcos han encontrado ya su fortaleza». Allí vio el silencio cerrarse los últimos ojos de una raza que en otra Edad pusiera en jaque al mundo entero.

Pacificado Anórien, Bleondin permaneció un tiempo en el campamento de los refugiados que había levantado y protegido Varsur. A pesar de la insistencia de su padre, el Azote de Anórien, la dama se negó a regresar a Lassport, que creía corrompido hasta los cimientos. Por el contrario, ayudó a la reconstrucción de los poblados que habían sido devastados y sufragó todas sus defensas, «por si el mal vuelve a poner su ojo en esta tierra». Nadie sabe a ciencia cierta qué fue de ella: unos dicen que se construyó una casa en el mar de las colinas y esperó allí a que le llegara la muerte; otros aseguran que la vieron adentrarse en las aguas del Anduin, que en su nacimiento se desbordaron y provocaron la gran catástrofe, para reconciliarse definitivamente con el río.

Y Ghân-Buri-Ghân, el bienamado señor del feudo de Drúadan y de los woses, no vivió muchos días más después de la batalla. Sus heridas no habían sido tan graves como parecía en un principio, y Numan las había curado con la magia de los árboles Nnook, pero la diosa Yavanna, radiante y cubierta de flores, invitó a Ghân-Buri-Ghân a reposar en el Prado de la Eternidad, y él aceptó siempre y cuando Moamû-Mammû estuviera dispuesta a acompañarlo, pues no creía poder vivir la eternidad sin ella.

-Tu linaje gozará de una próspera sucesión en el pequeño Lar-Buri-Lar. Cuando el velo caiga ante sus ojos, se reunirá con vosotros en el Prado de la Eternidad en Valinor.

De este modo, Ghân-Buri-Ghân se entregó a la diosa y ahora, probablemente, estará recogiendo doradas hebras de trigo para confeccionar una diadema que corona la cabeza de su amada Moamû-Mammû, recostada sobre su pecho y contemplando en la lejanía la blanca Taniquetil, la brillante cúspide de Ilmarin como una estrella a la que se había abrazado la montaña, y el cielo del eterno azul.